

Nuevas perspectivas metodológicas en dialectología griega

Cuando Heinrich Ludwig Ahrens¹ en 1839 inauguró el estudio moderno de los dialectos griegos, se encontró con la desagradable sorpresa de tener que conectar sus investigaciones con antiguos tratados, —medievales los menos arcaicos—, compuestos por los propios griegos y exhibidores de una doctrina pasmosamente común a todos ellos. Coincidían absolutamente en la división del griego en cuatro dialectos, dórico, eólico, jónico y ático, de una manera general. Pero, admitido sin reservas el particular parentesco del jónico y el ático, los dialectos griegos quedaban reducidos a tres grupos principales, dórico, eólico y jónico-ático. Esta es la clasificación aceptada no sólo por Ahrens, sino, más tarde, también por Meister, Hoffmann y Thumb. Bien es verdad que Thumb y Kieckers hicieron una definición geográfica de los dialectos, aplicándoles nueva terminología (griego occidental, griego central y griego oriental), pero, en el fondo, bajo los nuevos nombres se ocultaban las tres viejas especies lingüísticas².

El arcadio, que había quedado un poco mal parado en el trabajo de Ahrens, quien lo consideraba dialecto dorio, porque no contaba con ninguna inscripción importante redactada en este dialecto, ocasionó dos modificaciones clasificatorias importantes: la primera consistió en la división que hizo Hoffmann del nuevo sustituto del eólico, el aqueo, en aqueo del Norte y aqueo del Sur. Incluía el pri-

1 H. L. Ahrens, *De Graecae linguae dialectis*, I *De dialectis aeolicis et pseudoaeolicis* (Gotinga 1839) II *De dialecto dorica* (Gotinga 1843).

2 Cf. A. López Eire, 'Panorama actual de la dialectología griega', *ECIás* 54 (1968) 287-305.

mero al lesbio, tesalio y beocio, y el segundo al arcadio y al chipriota. La segunda fue la autonomía que a este grupo dialectal (el arcadio-chipriota) concedieron tratadistas como Meillet, Schwyzer y Buck.

Con todo, la división del griego en tres dialectos, o, si se quiere, cuatro, todo lo más, si se concede independencia al arcadio-chipriota, o aqueo, procede en última instancia de la doctrina común que los antiguos griegos elaboraron en la más antigua Dialectología que se conoce.

En efecto, la división tripartita de los dialectos no se basa en ningún argumento puramente lingüístico, sino en razonamientos procedentes de áreas como la etnografía, la glosografía y la exégesis literaria. Vistas así las cosas, sí cabe afirmar que la Dialectología griega *sensu laxo* es un quehacer que cuenta muchos años de antigüedad.

De Hesíodo proceden dos versitos³ que rezan así:

«De Helen, rey amante de la guerra,
nacieron Doro, Juto y Eolo, guerrero con su carro».

Y a partir de ellos, desde el Pseudo-Dicearco hasta Gregorio de Corinto, continuamente aparecen Helen y sus hijos en todo intento de clasificación dialectal.

La asociación clara de linajes y dialectos se establece por primera vez en el fragmento 61 del Pseudo-Dicearco, hoy atribuido a Heraclides Crético, autor que hay que situar hacia el 250 a. J. C.: «Son griegos-dice-los que lo son por linaje y en sus elocuciones usan el griego. Ateniensés, los que habitan el Atica. Son, de linaje, áticos, y en sus elocuciones hablan ático; lo mismo que dorios son los que proceden de Doro y en su elocución usan el dórico; y hablan eólico los que proceden de Eolo; y hablan jónico los de la estirpe de Jon, hijo de Juto».

Si ésta, ciertamente, es la primera declaración directa del principio de equivalencia establecido entre lengua y estirpe, no es menos verdadero el hecho de que ya en pleno siglo V a. J. C. esta doctrina era opinión común y generalizada. Heródoto, el Viejo Oligarca, Tucídides⁴ están conven-

³ fr. 7 Rzach.

⁴ Hdt. 8, 73; Ps.-X. *Ath. Pol.* 2, 8; Th. 2, 68; 6, 5.

cidos de que a sangre o raza pura corresponde lengua pura y de que a las mezclas de población se deben bastardías o desviaciones lingüísticas. Así que las lenguas mixtas corresponden a pueblos autóctonos e inmunes a las invasiones.

Es innecesario, por archisabido, aludir a la gran influencia de esta concepción de los dialectos puros y los mixtos en la Dialectología griega de los siglos XIX y XX. Con la teoría del sustrato y el adstrato, la Wellentheorie de J. Schmidt y los trasiegos de poblaciones que documentaban la Arqueología y la Historia, surgió un conglomerado de trabajos destinados a exponer las conclusiones obtenidas aplicando este método de investigación. La tesis doctoral de O. Hoffmann se titulaba *De mixtis Graecae linguae dialectis*, autor luego de tres tomos de dialectología griega⁵. Por el mismo camino se movieron trabajos de P. Kretschmer y A. Tovar⁶.

A los dos principios establecidos en los orígenes de la Dialectología griega, el de la equivalencia entre lengua y estirpe y el de la existencia de dialectos mixtos, un texto transmitido en la *Geografía* de Estrabón⁷ añade dos nuevas aproximaciones metodológicas al estudio de los dialectos griegos: la dimensión histórica y la consideración, aunque en sus primeros indicios, de la génesis de los dialectos a la luz de la geografía dialectal. Los cuatro grandes grupos étnicos, o sea, los cuatro grandes dialectos desde antiguo, son, según el referido pasaje, el jónico, el ático, el eólico y el dórico. Pero —y esto es lo importante— añade: el jónico era idéntico en un principio al antiguo ático, y el eólico al dórico.

Y no se contenta el autor con la exposición sucinta de su teoría, sino que trata de justificarla del siguiente modo: en primer lugar, mediante la aplicación de la perspectiva histórica (el grupo jónico-ático, por un lado, y el eólico-dórico, por otro, proceden cada uno de un sólo antepasado); en segundo lugar, introduciendo un principio no muy acer-

5 O. Hoffmann, *Die griechischen Dialekte in ihrem historischen Zusammenhange, I-III* (Gotinga 1891-98).

6 P. Kretschmer, 'Zur Geschichte der griechischen Dialekte. 1. Ionier und Achäer. 2. Die Apokope in den griechischen Dialekte', *Glotta* (1909), 9-59. A. Tovar, 'Ensayo sobre la estratigrafía de los dialectos griegos. I. Primitiva extensión geográfica del jonio', *Emerita* 12 (1944), 245-335).

7 Str. 8, 2 = 333 Casaubon.

tado, por cierto, pero sí un «principio» de explicación de la constitución de los dialectos a la luz de la Geografía dialectal: el ático y el dórico son dialectos innovadores porque se hablaron en áreas aisladas; el jónico y el eólico, en cambio, son conservadores porque sus hablantes se asentaron en zonas abiertas al contacto con otras modalidades lingüísticas.

No necesitamos insistir en el hecho de que estas dos aproximaciones metodológicas esbozadas en la obra de Estrabón han sido cultivadas por los modernos dialectólogos del griego antiguo.

El riguroso método histórico inspira los trabajos de F. Rodríguez Adrados, M. S. Ruipérez, W. Porzig y E. Risch⁸. El libro de Rodríguez Adrados, metodológicamente muy importante, aportador de nuevos criterios aún vigentes, va encabezado por el siguiente título: «La dialectología griega como fuente para el estudio de las migraciones indoeuropeas en Grecia», del que se deduce en el fondo la coincidencia de los dialectos griegos con los pueblos que los introdujeron en la Hélade, por lo que, bajo este punto de vista aún no estamos muy lejos del pasaje de Estrabón.

La metodología propia de la Geografía dialectal, dejando aparte una serie de monografías sobre dialectos concretos, la introdujeron E. Risch, W. Porzig y R. Coleman⁹, naturalmente mucho más refinada que la del principio propuesto por Estrabón, pero, pese a todo, igualmente basada en las discrepancias dialectales observables entre diferentes áreas geográficas.

El método estructural aplicado a Dialectología griega, método que parte del supuesto de que las innovaciones no

8 F. Rodríguez Adrados, *La dialectología griega como fuente para el estudio de las migraciones indoeuropeas en Grecia* (Salamanca 1952); M. S. Ruipérez, 'Sobre la prehistoria de los dialectos griegos', *Emerita* 21 (1953), 253-66; W. Porzig, 'Sprachgeographische Untersuchungen zu den altgriechischen Dialekten', *IF* 61 (1954) 147-169; E. Risch, 'Die Gliederung der griechischen Dialekte in neuer Sicht', *Mus. Helv.* 12 (1955) 61-76.

9 E. Kieckers, *Die lokalen Verschiedenheiten im Dialekte Kretas*, tes. doct. (Marburgo 1908) R. v. der Velde, *Thessalische Dialektgeographie*, (Nimèga 1924); E. Kretschmer, 'Beiträge zur Wortgeographie der altgriech. Dialekte', *GL* 18 (1930) 67 ss. E. Risch, 'Altgriechische Dialektgeographie?', *Mus. Helv.* 5 (1949) 1-28; R. Coleman, 'The Dialect Geography of Ancient Greece', *TPS* 106 3,58-126.

se producen aisladamente sino en sistemas, guió magníficos trabajos de M. S. Ruipérez y condujo los de Bartoněk y los míos propios. De este método sí que no queda la más mínima huella de los tratadistas antiguos¹⁰.

Pasamos a la última y más novedosa metodología, la inspirada en la Gramática transformativa, dentro de la cual las diferencias dialectales pueden ser expresadas como reordenación de reglas dentro de la gramática o en formulación de extensiones básicas¹¹.

A la luz de la Gramática transformativa, la labor del dialectólogo comporta tres partes principales: la definición de la relación entre los dialectos; estudiar qué tipo de datos han de contar en la variación dialectal y, en tercer lugar, la selección de un modelo lingüístico que dé satisfactoria explicación de los datos. Si hasta ahora la comparación de variedades de lenguas genéticamente emparentadas había estado restringida a notar similitudes y diferencias, se impone a partir de este momento la investigación de la naturaleza de su relación. Si la fonología de una lengua puede ser definida por una serie de reglas separadas de la porción de la gramática generadora de frases y una gramática fonológica tiene que generar todas las palabras fonológicas de una lengua, será posible a base de transformaciones de *underlying forms* explicar los caracteres típicos y esenciales de los dialectos. Estas *underlying forms*, equiparables a lo que Uriel Weinreich llama, como estructuralista, diasistema, del que afirma puede ser reconstruido por el análisis lingüístico de dos sistemas que presenten similitudes parciales, han de ser, en cualquier caso, las más económicas, han de estar establecidas sobre datos comparativos y han

10 M. S. Ruipérez, 'Esquisse d'une histoire du vocalisme grec', *Word* 12 (1956) 67-81; 'Le dialecte mycénien', *Acta Mycenaea. Proceedings of the fifth international Colloquium on Mycenaean Studies, held in Salamanca, 30 March-3 April 1970* (Salamanca 1972) 136-66; A. Bartoněk, *Development of the consonantal system in ancient Greek dialects* (Praga 1961); *Development of the long-vowel system in ancient Greek Dialects* (Praga 1966); A. López Eire, *Tres cuestiones de dialectología griega* (Salamanca 1969); *Innovaciones del jónico-ático (Vocalismo)* (Salamanca 1970).

11 A. R. Thomas, 'Generative Phonology in Dialectology', *TPS* (1966) 179-203.

12 U. Weinreich, 'Is a structural Dialectology possible?', *Word* 10 (1954) 388-400; cf. 390: «can be constructed by the linguistic analyst out of any two systems which have partial similarities...».

de ser evaluadas en asociación con los datos que generan las variantes dialectales.

Como en *Dialectología del griego antiguo* que yo separada se ha hecho todavía bajo este nuevo enfoque, me tendré que referir a dos artículos, uno de Moulton y otro de O'Neil, que versan, respectivamente, el primero sobre los sistemas de vocales breves del cantón alemán del Norte de Suiza y el otro sobre los dialectos de las Féroes¹³. Moulton concede especial importancia no sólo al trabajo anteriormente citado de U. Weinreich sino además, a las puntualizaciones que a éste hizo G. R. Cochrane en un artículo¹⁴ sobre las vocales del inglés de Australia publicado también en la revista *Word*. Sugería aquí este autor la necesidad de distinguir entre comparación fonemática y comparación subfonemática. Teniendo esto bien en cuenta, Moulton, mediante conceptos aplicados novedosamente a la *Dialectología* como los de «complementación geográfica», «valoración del espacio cubierto por los alófonos», «intervalo fonético», «incidencia de fonemas»¹⁵, «fonema alternante» (o «vocal de compromiso» como suele llamarse en *Geografía dialectal*), «balance de la oposición fonemática» y «carga funcional», partiendo de un diasistema establece qué dialectos comportan un determinado diafonema y qué otros no.

Sin embargo, en el trabajo de O'Neil, en su segunda página, la 395¹⁶, leemos lo siguiente: «Empezamos por presentar la descripción matriz del feroés del Sur, porque los otros dialectos pueden ser presentados en formas de reglas que muestran de qué manera se apartan del sistema Tórs-havn».

Pues bien, al dialectólogo del griego antiguo semejante presentación por fuerza tiene que resultarle familiar.

Un gramático de la época de Augusto, llamado Trifón

13 W. G. Moulton, 'The short vowel Systems of Northern Switzerland; a study in structural dialectology', *Word* 16 (1960) 155-82; W. A. O'Neil, 'The dialects of Modern Faroese: A Preliminary Report', *Orbis* 12 (1963) 393-97.

14 G. R. Cochrane, 'The Australian English Vowels as a Diasystem', *Word* 15 (1959) 69-88.

15 H. Kurath-R. I. MacDavid, *The pronunciation of English in the Atlantic States* (Ann Arbor 1961), cf. 7.

16 W. A. O'Neil, 'The dialects of Modern Faroese: A Preliminary Report', *Orbis* 12 (1963) 393-97; cf. 395.

de Alejandría, hombre de una portentosa actividad como científico y como lingüista, hijo de Ammonio, quien enderezó la investigación dialectal del griego hacia las áreas de las lenguas conversacionales y literarias, siguiendo las directrices de su predecesor Filóxeno de Alejandría, escribió un tratado titulado *Peri pathôn* en que concebía las diferencias dialectales como transformaciones patológicas, desviaciones respecto de una norma, de unas formas canónicas establecidas. En su tesis doctoral titulada *De pathologiae veterum initiis*, J. Wackernagel considera a Trifón fundador de la patología dialectal ¹⁷.

Reliquias del *peri pathôn* se conservan en un códice matritense ¹⁸ que desearía llegase a mis manos ¹⁹.

Aunque esto aún no ha sido posible, estoy totalmente convencido de que todos los gramáticos posteriores, quién más, quién menos, se nutren del tratado de Trifón para la exposición de cuestiones dialectales; y esta afirmación vale, por supuesto, para todos los autores de *excerpta* y recopiladores, que tanto abundaron en época bizantina. Todavía Gregorio de Corinto, autor del siglo XIII d.d.J.C., cita como predecesores suyos a Trifón y Juan Filópono (este último del siglo VI d.d.C.).

El procedimiento que desde Trifón en adelante se utiliza para la presentación de los dialectos es muy del estilo de la metodología que en este campo concreto sería especialmente grata a la Gramática generativa: Se toma como base el griego de la *koiné*, y a partir de él, en virtud de unas reglas que se formulan estrictamente, se generan las formas correspondientes de los demás dialectos.

Por ejemplo: el *grammaticus leidensis*, el *grammaticus meermannianus* y el propio Gregorio de Corinto trabajan de esta manera: Dorio: regla número uno: una *e larga*, o sea, una *eta*, es *alpha* larga en este dialecto. Ejemplos: en vez de *selēnēn*, *selānān*; en vez de *hélion*, *hálion*, etc. Atico: se cambia la *o* por *u* en determinados contextos; en vez de

17 J. Wackernagel, *De pathologiae veterum initiis*, *Thes. doct.* (Basilea 1896).

18 Cod. Matrit. fol. 148-50.

19 Hay una edición de V. Velsen reimpressa en Amsterdam, 1965.

tò épos, toupos; en vez de *tò éndyma, toundyma*, etc.²⁰. Manuel Moscópulo todavía recoge en su tratado *De vocum passionibus* muchas de estas reglas aplicadas a los dialectos locales y a los literarios. La verdad es que la admiración por los griegos hace presa también en los dialectólogos.

Si ahora nosotros intentásemos actualizar ese método de investigación dialectal del griego antiguo al estado actual de nuestros conocimientos, necesitaríamos establecer previamente una serie de consideraciones básicas que podrían ser las siguientes:

En primer lugar, nosotros obviamente no podemos admitir que la *koiné* proporcione las formas válidas para establecer la comparación dialectal y explicar de este modo la génesis de los dialectos.

Por otro lado, una mínima razonable cautela nos induce a establecer distinguos entre tres tipos de hechos de significado primordial en todo estudio que verse sobre dialectos: los arcaísmos, las elecciones y las innovaciones.

El arcaísmo es la conservación por parte de un dialecto de un rasgo que existía ya en la lengua madre; por ejemplo, es un arcaísmo la conservación de la *f* inicial de palabras latinas en lenguas romances como el francés o el italiano, frente al castellano, que en este caso concreto sería un dialecto innovador del latín.

La elección es la adopción y extensión en un dialecto concreto de una de entre las varias posibilidades que brindaba la lengua madre; hay lenguas romances en que la palabra para el adverbio de cantidad que es en español «nada» es una forma derivada del latín *rem*; otras lenguas, por el contrario, utilizan un derivado de la forma latina *natam*. Como en una etapa del latín cabía decir, para expresar el concepto de español «nada», *rem natam*, resulta que tan romances son las lenguas que adoptan *rem* como las que prefieren *natam*.

Por último, la innovación es una auténtica quiebra que se comprueba en un dialecto con respecto al sistema lin-

20 Cf. G. H. Schaefer-F. J. Bast, *Gregorius Corinthius et alii, De dialectis linguae graecae*. M. Moschopulus, *De vocum passionibus* (reimpr., Hildesheim 1970).

güístico de la lengua de la que procede; por ejemplo: la *o* breve y tónica del latín *porta* ya no es *o* en castellano, sino *ue*: *puerta*. Podemos decir, por tanto, que en este punto concreto el castellano ha innovado frente al catalán o el gallego que conservan la *o* en la palabra para decir «puerta», *porta*.

Si estos tres hechos resultan claros, debemos ahora explicitar una serie de puntos que a ellos se refieren:

En un dialecto hay arcaísmos, elecciones e innovaciones. Dejando ahora aparte el capítulo de las elecciones, es evidente que en todo dialecto hay arcaísmos e innovaciones. Tropezar con arcaísmos no es difícil. Hace ya unos cuantos años Luis Michelena expuso de manera diáfana que una lengua «desde el punto de vista diacrónico constituye un sistema que retiene una cierta cantidad de información sobre su propio pasado, sobre sus fases anteriores». Y también es evidente que en un dialecto han de existir innovaciones, pues, en caso contrario, ya no podríamos hablar de dialecto, sino de lengua madre embalsamada o fosilizada, monumento más perenne que el bronce ²¹.

Es fácil comprobar cómo arcaísmos o innovaciones coexisten en los dialectos. En jónico-ático, un dialecto muy innovador, al lado de las terceras personas de singular en *-si* del presente de indicativo de verbos atemáticos (que son las formas más corrientes), evidentes innovaciones, ya que en protogriego una tercera persona de singular del presente de indicativo de un atemático acaba en *-ti*, existe, nada menos, *estí* «él es»; y por mucho que se nos diga que en este último ejemplo *ti* no ha pasado a *si* por disimilación preventiva, el caso es que en jónico-ático hay una tercera persona de un presente de indicativo de un verbo atemático acabada en *ti*, lo cual es un arcaísmo, y el que diga lo contrario, miente.

Veamos ahora un caso análogo, sólo que a la inversa: el grupo dialectal dorio tradicionalmente ha sido considerado el fiel reflejo, o poco menos, del protogriego, es decir, un dialecto muy conservador, fiel depositario de arcaísmos.

21 L. Michelena, *Lenguas y protolenguas* (Salamanca 1963) p. 11.

Y, sin embargo, por referirnos a un solo punto, en dorio una labiovelar ante *e* aparece tratada por apical (oclusiva dental); mientras que en micénico cabe afirmar que las labiovelares indoeuropeas no se han confundido aún con ninguna otra serie de oclusivas, en dorio la innovación está cumplida.

Consiguientemente, si en todo dialecto los arcaísmos conviven con las innovaciones, a la hora de fijar la génesis de un dialecto concreto habrá que partir de aquéllos para explicar éstas. Pero esta operación no puede realizarse de cualquier manera. Si lo que a nosotros nos interesa es dar a conocer cómo los dialectos griegos han ido constituyendo parentesco específico a partir de un común origen que les proporciona parentesco genético, no habrá más remedio que hacer una cronología relativa de las innovaciones. La razón de ello es la siguiente: mientras que los rasgos de conservadurismo compartidos por varios dialectos nos permiten asegurar que están emparentados entre sí porque todos ellos remontan a un mismo precedente, las innovaciones comunes a varios dialectos—perfectamente evaluadas—no sólo señalan un apartamiento de éstos con respecto a la lengua madre, sino que, además, prueban que estos dialectos en cuestión constituían un bloque compacto en el momento de producirse tal alejamiento. Por ejemplo: la primera sílaba de la palabra «madre» en protogriego era *mā*, con *ā* larga; de todos los dialectos griegos que coinciden en este rasgo (la mayoría) podemos decir que proceden del protogriego; pero si el jónico y el ático concuerdan al ofrecer no *mā*, sino *mē*, no puede decirse que ambos no procedan del protogriego y sí, puede afirmarse, en cambio, que en el momento en que comparten la innovación se oponen en conjunto al resto de los dialectos griegos como grupo autónomo, o, quizás, como un solo dialecto aún no escindido en jónico y ático, pero sí bien diferenciado de los demás dialectos.

Pero no se olvide que hemos hecho una previa puntualización: hemos advertido que la innovación había de estar bien evaluada, es decir, bien definida como innovación y, a poder ser, con su cronología bien establecida; y, además, el proceso no ha de ser un hecho aislado, sino relacionable con otros de la misma índole.

Hace ya unos cuantos años Ruipérez²² expuso magistralmente que el paso de *alfa* a *eta* en jónico-ático no era un fenómeno aislado, sino relacionado claramente con la aparición previa en este mismo dialecto de dos vocales largas cerradas antes inexistentes (*e* larga cerrada y *o* larga cerrada) como resultado de la primera oleada de alargamientos compensatorios. En el mismo trabajo mostraba cómo el famoso proceso del paso de *u* a *û* en jónico-ático se explica teniendo en cuenta la existencia de vocales largas de abertura media, cerradas y abiertas, de una vocal *a* larga anterior y de una vocal *a* larga central que surgía en la segunda oleada de alargamientos compensatorios.

Pues bien, una serie de innovaciones concatenadas inspira más confianza al dialectólogo que una innovación aislada, que podría interpretarse como mero préstamo o fruto de evoluciones paralelas en varios dialectos, sin que por esa innovación compartida pueda hablarse de comunidad específica entre ellos.

Nosotros, por consiguiente, después de estos presupuestos, vamos a confeccionar una lista de innovaciones encadenadas unas con otras y sometidas rigurosamente a un orden cronológico. Para ello nos valdremos de las siguientes reflexiones:

La asibilación de *-ti* en *-si*, el vocalismo *o* del verbo que en jónico-ático es *boûlomai* y la forma del numeral «20», *eikosi*, parecen innovaciones antiguas y, además, es posible que estén más relacionadas entre sí de lo que a primera vista pudiera parecer. Pues, aparte del hecho de que en una de ellas *-eikosi-* se repita la primera, es decir, el paso de *ti* a *si*, en nuestra opinión, es sumamente probable que la *o* de *eikosi* y la *o* de *boûlomai* procedan de sendas sonantes vocálicas, lo que sería un nuevo punto de contacto entre las tres innovaciones²³.

Así, pues, tendríamos tres rasgos innovadores anteriores

22 M. S. Ruipérez, 'Esquisse d'une histoire du vocalisme grec', *Word* 12 (1956) 67-81.

23 O. Szemerényi, 'The labiovelars in Mycenaean and Historical Greek', *SMEA* 1 (1966) 45: «But it is also acknowledged that *o*-vocalism is exceptional in the present». E. Risch, 'Historisch-vergleichende Sprachbetrachtung und Dialektgeographie', *Kratylos* 11 (1966) 142-55.

cronológicamente al capítulo de la simplificación de sonantes geminadas, que iría a continuación.

En un magnífico trabajo de M. Ruipérez titulado «Le dialecte mycénien»²⁴ se sitúa la simplificación de *ss* (proveniente de grupos del indoeuropeo **ss*, **ts*, **ty*) que se atestigua en arcadio y jónico-ático, en un período posterior al de los documentos micénicos. La misma cronología se establece con relación a la simplificación de sonantes geminadas, que perviven en micénico y en dos dialectos del primer milenio a.J.C., el lesbio y el tesalio. Estas sonantes geminadas se habrían formado en protogriego como resultado de la evolución de grupos del indoeuropeo constituidos por sonante y *s,s* y sonante en posición intervocálica. Así, pues, si se exceptúa la geminada **yy*, en trance de simplificar como resultado de la eliminación de *y* simple²⁵, en micénico y en general en griego del segundo milenio a.J.C. existen sonantes geminadas, de forma que, por ejemplo, la primera persona de singular del aoristo del verbo *ménō* sería *émenna*, y la palabra «luna» tendría la forma *selánnā*. Nótese que ambas palabras proceden de una fase anterior en que eran respectivamente **émensa* y **selásnā*.

Las dos innovaciones que acabamos de exponer, las simplificaciones de *ss* y de las sonantes geminadas, muestran claramente su congruencia. En rigor y teóricamente aquellos dialectos en que se conserven sonantes geminadas mantendrán también *ss* sin simplificar. Así acontece en lesbio y tesalio, donde ambos arcaísmos perduran. Por otro lado, al contrario, aquellos dialectos en que las sonantes geminadas simplifiquen, mostrarán en principio también la simplificación de *ss*. En efecto, tal se atestigua en jónico-ático y arcadio. Y en el caso de que, como en dorio, la simplificación de sonantes geminadas sea un hecho, pero no así la de *ss*, habrá que explicar tal discrepancia. A nuestro modo de ver la explicación es la siguiente: el grupo dialectal dorio a partir de la simplificación de sonantes geminadas (o

24 M. Ruipérez, 'Le dialecte mycénien', *Acta Mycenaea. Proceedings of the fifth international Colloquium on Mycenaean Studies*, I (Salamanca 1972) 136-69.

25 A. López Eire, *Tres cuestiones de dialectología griega* (Salamanca 1969) pp. 9-18; *Innovaciones del jónico-ático (vocalismo)* (Salamanca 1970).

primera oleada de alargamientos compensatorios, como también se dice), comienza a coincidir en innovaciones con jónico-ático y arcadio. Por otra parte, no debe olvidarse que el dorio es un dialecto en que no se da asibilación de *-ti* en *-si*, mientras que en jónico-ático y arcadio acontece tal asibilación. Bien es verdad que en lesbio la asibilación de *-ti* en *-si* es un hecho y, en cambio, *ss* no simplifica, pero no hay que perder de vista que este dialecto mantiene sonantes geminadas, lo que de alguna manera pudo favorecer la conservación de geminadas en general, la antigua tendencia a la sílaba trabada.

Tenemos ya cinco hechos lingüísticos importantes, relevantes en dialectología griega, cinco arcaísmos y cinco innovaciones; estas últimas están relacionadas entre sí y muestran clara coherencia y disposición cronológica correcta. Veámoslo: la asibilación de *-ti* en *-si* (innovación número 1) es básica para explicar *eikosi* (innovación número 2); la innovación número 1 (asibilación de *-ti* en *-si*) está íntimamente relacionada²⁶ con la simplificación de *ss* en *s* (innovación número 4); el vocalismo *o* de la forma del jónico-ático *boûlomai* «yo quiero» (innovación número 3) es, desde luego, anterior a la eliminación de sonantes geminadas, o primera oleada de alargamientos compensatorios (innovación número 5), gracias a la cual *-ollomai* pasó a *-oulomai* con notación *ou* que responde a una *o* larga cerrada.

En suma: cinco innovaciones que se enfrentan a cinco arcaísmos y que dan una idea de lo que fue la fragmentación del griego a partir del segundo milenio a.J.C. Innovación número 1: *-ti* pasa a *-si*; innovación número 2: *eikosi*; innovación número 3: vocalismo *o* del verbo que significa «querer»; innovación número 4: simplificación de *ss* en *s*; innovación número 5: simplificación de sonantes geminadas.

Veamos ahora cómo responden los dialectos del primer milenio a estas innovaciones:

Innovación número 1: arcaísmo: dorio, tesalio, beocio; innovación: jónico-ático, arcadio-chipriota y lesbio.

Innovación número 2: arcaísmo: dorio, tesalio, beocio; innovación: jónico-ático, arcadio-chipriota y lesbio.

²⁶ A. López Eire, *Tres cuestiones de dialectología griega* (Salamanca 1969) pp. 19-24.

Innovación número 3: arcaísmo: dorio, tesalio, beocio; innovación: jónico-ático, arcadio-chipriota y lesbio.

Innovación número 4: arcaísmo: dorio, tesalio, beocio (tt), lesbio; innovación: jónico-ático y arcadio, (chipriota ?).

Innovación número 5: arcaísmo: tesalio y lesbio; innovación: jónico-ático, arcadio-(chipriota ?), beocio y dorio.

De modo que, resumiendo, hay sólo un dialecto del primer milenio a.J.C. que responde negativamente a todas estas innovaciones: el tesalio.

Por tanto, si nosotros fuésemos dialectólogos al estilo de Trifón y sus seguidores e intentásemos componer un tratado de dialectología según el método del *Peri pathôn*, partiríamos del tesalio como dialecto básico. Del lado izquierdo de la flecha que indicaría «se reescribe», colocaríamos *-ti*, *-ss-*, *-rr-* (sonante geminada), etc., y en el extremo derecho, junto a la terminal de la transformación, los resultados de los dialectos innovadores, o sea *-si*, *-s-*, *r-*, etc. Formularíamos así cinco reglas en virtud de las cuales a partir del tesalio podríamos generar las formas de los demás dialectos. Únicamente cabría hacer alguna puntualización en el caso del numeral «20», tesalio *wikati*, en el sentido de que tal vez la *a* no es propiamente el arcaísmo, sino el resultado de una nasal vocalizada. Pero ya advertimos al principio que arcaísmos e innovaciones coexisten en los dialectos y se encuentran uno al lado del otro incluso en una misma palabra.

Así las cosas, podríamos preguntarnos cuántas reglas harían falta para explicarnos las formas de los dialectos concretos utilizando la base del tesalio: las respuestas serían, si no nos equivocamos, las siguientes: una para el dorio y el beocio, tres para el lesbio y cinco para el jónico-ático y el arcadio.

Se notará que el tesalio ha sido elegido razonablemente como dialecto básico: responde —como hemos dicho— negativamente a las innovaciones, por lo cual exige únicamente cinco reglas para explicar cinco innovaciones. Dicho de otro modo: si hubiésemos escogido, por ejemplo, al jónico-ático como dialecto básico y hubiésemos formulado que *-si* del jónico-ático se reescribe como *-ti* en dorio, tesalio, beocio, tendríamos que establecer otra regla para explicar que *-si*

en jónico-ático (por ejemplo *étesi*, dativo de plural de *étos* «año») en dorio, tesalio y beocio se reescribe también *-si*. Con ello complicaríamos considerablemente unas reglas en las que debe imperar el criterio de economía.

Aumentando lo que aquí está propuesto en esbozo y llegando a establecer cómo van surgiendo las innovaciones dialectales, es decir, de qué manera en virtud de una serie de reglas (la más económica) pueden generarse las distintas formas de los dialectos, veríamos algo más que meras correspondencias entre palabritas (lo que hasta ahora se ha venido viendo); terminaríamos por penetrar en los distintos grados de relación que median entre las gramáticas de diferentes dialectos. Volviendo al ejemplo concreto en que nos hemos venido apoyando, el de las cinco innovaciones explicadas desde el tesalio, notaríamos la intimidad del jónico-ático y arcadio-chipriota; el estrecho contacto de estos dos dialectos con el lesbio; el acercamiento del dorio, a partir de la quinta regla, a los dialectos innovadores, en lo que coincidiría con el beocio.

Tal vez, pues, actualizando un método ya viejo y del que se sirvieron los griegos, podremos los modernos obtener útiles resultados en dialectología griega.

ANTONIO LOPEZ EIRE